

# Historia y antropología: Las fronteras de América del Norte

## *History and anthropology: the North American frontiers*

Alfredo JIMÉNEZ NÚÑEZ

Departamento de Historia de América  
Universidad de Sevilla  
aljimen@supercable.es

### RESUMEN

Los fenómenos de frontera son una buena piedra de toque para probar la posibilidad y conveniencia de los enfoques interdisciplinarios y los estudios de proceso. Las fronteras de América del Norte, entendida como hemisferio, son un campo especialmente apto para la investigación desde la historia y la antropología, esta última a través de todos sus métodos: arqueología, etnohistoria, etnología, lingüística. Historiadores y antropólogos americanos comparten un *continuum* histórico, una problemática *sui generis* y unas ricas fuentes documentales. Entre las muchas fronteras de América del Norte destacan la frontera septentrional de Nueva España y la frontera angloamericana del Oeste. Su análisis comparativo pone de relieve cuestiones historiográficas significativas y estimula la investigación interdisciplinaria y el desarrollo de la teoría sobre fronteras.

### PALABRAS CLAVE

Nueva España.  
Oeste americano.  
Frontera.

### ABSTRACT

Frontier phenomena are a good touchstone to test the possibility and convenience of interdisciplinary approaches and of processual studies. The frontiers of North America, understood as a hemisphere, offer a field which lends itself especially to research by history and anthropology, the latter through all its branches: archaeology, ethnohistory, ethnology, and linguistics. Americanist historians and anthropologists share a historical continuum, a distinct thematic arena, and rich documentary resources. Two frontiers stand out among the many frontiers of North America: The North of New Spain and the Anglo-American Frontier. Their comparative analysis can draw attention to significant historiographical issues, encourage interdisciplinary research, and help developing frontier theory.

### KEY WORDS

North of New Spain.  
American West.  
Frontier.

En 1959 llegó a la Universidad de Sevilla el Prof. José Alcina Franch como primer titular de la cátedra de «Historia de América Prehispánica y Arqueología Americana». Desde el primer día, la flamante cátedra llenó mucho más que un hueco en el plan docente mediante una asignatura con su mismo título. De hecho, éramos ya dos los estudiantes graduados que le esperá-

bamos como guía de nuestra orientación por la antropología americana.<sup>1</sup> Casi medio siglo después, son muchas las reflexiones posibles sobre la obra y la huella que Alcina Franch dejó en Sevilla. Mi testimonio se basa en la experiencia que me tocó vivir en relación con una de las grandes contribuciones del maestro a la antropología española.<sup>2</sup>

El interés de Alcina Franch por los distintos métodos de la antropología y su posición ante las ciencias sociales y las humanidades están patentes en muchos de sus trabajos.<sup>3</sup> Creía en el trabajo en equipo y en la investigación organizada en proyectos a medio y largo plazo. Incitaba, sin presionar, a la búsqueda de nuevos caminos, sin apartarse del suyo propio, la arqueología. En cuatro palabras, hacía y dejaba hacer. Con la vista puesta en sus estudiantes, el Archivo General de Indias era para Alcina Franch motivo obligado para hacer etnohistoria desde Sevilla. También veía las comarcas andaluzas como campo de entrenamiento en etnología para su posterior aplicación en América. Evidencia de su amplitud de miras fue la serie *Publicaciones del Seminario de Antropología Americana*<sup>4</sup>, órgano de una institución que se adelantó a la creación de los departamentos en la Universidad española, todavía reducida a las cátedras unipersonales. El primer proyecto de Alcina Franch se tituló «Etnohistoria del norte de México», del que surgieron las primeras tesis (Alcina Franch 1965b). Su paso a la Universidad Complutense de Madrid en 1967 no interrumpió la orientación etnohistórica del Departamento de Antropología y Etnología de América; sólo hubo una desviación a otra área, la Audiencia de Guatemala, prácticamente coincidente con el mundo maya. Nos proponíamos hacer *antropología de archivo* en conexión con la etnografía; observar y analizar la situación colonial como un proceso que arrancaba desde un doble trasfondo, el ibérico y el indígena, y que en muchos aspectos pervive hoy (Jiménez 1976). Los resultados de los proyectos que desde 1969 tuvieron por ámbito la Audiencia de Guatemala están recopilados sumariamente en la obra *Antropología histórica: la Audiencia de Guatemala en el siglo XVI*.<sup>5</sup>

<sup>1</sup> Beatriz Suñe Blanco y quien suscribe habíamos descubierto la antropología a través de las enseñanzas del Prof. Guillermo Céspedes del Castillo. Su manera de ver la historia de América y su consideración del indígena como co-protagonista fueron el incentivo de una vocación que, según sus previsiones, vendría a satisfacer Alcina Franch, su antiguo compañero de estudios en la Universidad de Valencia. Ambos disfrutaron en esa universidad del magisterio del Prof. Manuel Ballesteros Gaibrois (1911-2002), cuya formación en antropología había tenido lugar en Alemania. Estos encadenamientos de personas y lugares no son gratuitos, y excluyen los efectos del azar y de la generación espontánea.

<sup>2</sup> Tuve el privilegio inmerecido de ser el primer licenciado y primer doctor bajo su dirección; su primer profesor ayudante y primer profesor adjunto. Fue sólo cuestión de tiempo y edad, pero me honra reconocerlo. Tras su marcha a Madrid, le sucedí en la cátedra sevillana a poco de licenciarme en el Departamento de Antropología de la Universidad de Chicago.

<sup>3</sup> Véase la selección de títulos que aparece en la bibliografía de este artículo. La imponente bibliografía de Alcina Franch es el mejor testimonio de su vida y de su obra: «José Alcina Franch: curriculum vitae (1922-2001)». *Revista Española de Antropología Americana* 32: 13-68.

<sup>4</sup> El primero de los diecisiete volúmenes publicados fue una bibliografía básica de arqueología americana. Las monografías de la serie tratan temas tan diversos como el carnaval en Montevideo, la vivienda rural en una comarca sevillana y, sobre todo, aspectos de la sociedad en la Audiencia de Guatemala.

<sup>5</sup> Este libro está dedicado a José Alcina Franch, y a Rubén E. Reina, co-director con Alfredo Jiménez del primer proyecto sobre etnohistoria de Guatemala. El Prof. Reina era en aquellos años director del Departamento de Antropología de la Universidad de Pennsylvania.

En los últimos años, quien suscribe y otros miembros del grupo de investigación «Seminario de Antropología Americana» nos hemos centrado en la frontera norte de Nueva España<sup>6</sup>. Ha sido como un regreso a la tierra de origen; una tierra que el gobernador de Nueva Vizcaya definía en 1602 como «otro suelo, otro cielo y otro mundo» cuando la comparaba con España<sup>7</sup>. Volvíamos al «Norte de México», al área que Alcina Franch eligió para su primer proyecto. Recojo y amplío aquí cuestiones y sugerencias que he planteado en otras ocasiones en torno a la integración de la antropología y la historia. El espíritu abierto del Prof. Alcina y su atención permanente a estas cuestiones son la mejor y más duradera enseñanza que muchos recibimos del maestro.

\* \* \*

Bien sabemos que América asombró a Europa, incitó a la comparación ante la diversidad, revivió o desmontó viejos mitos y tópicos. Los historiadores no perdieron el tiempo. A lo largo del siglo XVI, se escribieron crónicas de exploraciones y conquistas, historias generales y «morales», «cartas de relación», alguna historia calificada de «verdadera». La responsabilidad moral ante «el otro» movió a algunos eclesiásticos a indagar en las creencias y formas de vida de los naturales. Sin darse cuenta, los autores de obras que se imprimieron con el título de «historias» escribieron las primeras etnografías de la antropología universal<sup>8</sup>.

A mediados del siglo XX se produjo en España un hecho curioso, en cierto modo relacionado con lo anterior. La antropología se institucionalizó y tomó cuerpo en las universidades de Madrid y Sevilla como departamentos de «Antropología y Etnología de América». Fue el extraño caso del nacimiento de un árbol a partir de una rama, ya que en los años siguientes, no antes, se crearon los primeros departamentos de antropología cultural o social<sup>9</sup>. La peculiaridad española persistió, pues los departamentos de antropología americana de Madrid y de Sevilla se encuadraban en la Facultad de Filosofía y Letras, y sus enseñanzas eran parte de la carrera de Historia, dividida en las licenciaturas de «Historia General» e «Historia de América». Estas circunstancias no buscadas libraron a la antropología española de la vieja polémica de si la disciplina pertenecía a las ciencias sociales o a las humanidades. La tradición historicista española favoreció también el interés por los procesos (diacronía) y la superación de la observación

<sup>6</sup> La reestructuración de la Universidad española hace pocos años llevó a unos miembros del Departamento de Antropología y Etnología de América a integrarse en el nuevo Departamento de Antropología Social. Otros optamos por nuestra incorporación al Departamento de Historia de América, manteniendo como unidad de investigación el Seminario de Antropología Americana, que Alcina Franch creó en 1960.

<sup>7</sup> Mi primera aproximación a la frontera norte fue a través de la Nueva Vizcaya. Mi investigación en Nuevo México, como estudiante del Departamento de Antropología de la Universidad de Chicago, me dio la oportunidad de sumar a la práctica de la etnohistoria la experiencia del trabajo de campo (Jiménez 1974). La carta del gobernador Rodrigo de Vivero al rey tiene fecha 14 de febrero de 1602. AGI, Audiencia de México 25.

<sup>8</sup> Entre muchos, destaca Bernardino de Sahagún, autor de la *Historia general de las cosas de Nueva España*. El fraile nos dejó una etnografía de los aztecas que le hace el verdadero padre de la antropología. Fray Diego de Landa, con su *Relación de las cosas de Yucatán*, es su equivalente para el conocimiento de la cultura maya.

<sup>9</sup> En esto fue también crucial el papel de los americanistas. Claudio Esteva Fabregat, formado en México, dirigió la Escuela de Estudios Antropológicos de Madrid; en 1970 fundó el Departamento de Antropología Cultural de la Universidad de Barcelona. De la Escuela madrileña, de corta vida y fuertemente sesgada hacia el americanismo, salió la casi totalidad de la primera generación de antropólogos españoles no formados en el extranjero.

directa como única vía de conocimiento fiable<sup>10</sup>. En este ámbito y en este clima nació en España de parto natural un método de la antropología que ya se abría paso en las Américas. Se trataba de la *etnohistoria*, todavía considerada hoy en los Estados Unidos y en otros países americanos como «la historia de los indios». La etnohistoria, sin embargo, la he definido siempre como la antropología de sociedades del pasado a base de abundante y adecuada documentación escrita (Jiménez 1967, 1975, 1994). Su aplicación no puede limitarse al estudio de los indios u otros pueblos «primitivos («los otros»»). De hecho, los mejores resultados pueden esperarse del estudio de sociedades complejas, con escritura, como la sociedad colonial o la Europa de otros siglos. En cualquier caso, la etnohistoria vino a llenar dentro del americanismo el vacío entre la arqueología y la etnología, entendida esta última como trabajo de campo y elaboración de etnografías<sup>11</sup>. Historiadores y antropólogos americanistas tienen en común, y a su favor, una geografía, un *continuum* histórico, una problemática *sui generis*. Unos y otros disponen de fuentes escritas de riqueza inigualable que se hacen más fecundas cuanto más y mejor se lean desde perspectivas distintas y complementarias. Existe en las Américas un enlace entre pasado y presente que invita a recorrer los caminos tanto de atrás hacia adelante como al revés.

\* \* \*

Las fronteras son una buena piedra de toque para probar la posibilidad y conveniencia de los enfoques interdisciplinarios y de los estudios de proceso. Las fronteras son de gran interés humano y científico por razones como las siguientes:

1. La abundancia y las consecuencias de este fenómeno en la historia de la humanidad.
2. La cantidad y calidad de la información que las fronteras proporcionan a las ciencias sociales. En efecto, la frontera es espacio de encuentro donde sociedades con culturas (y, generalmente, razas) diferentes interactúan y ponen de relieve aspectos y elementos esenciales de su propio sistema<sup>12</sup>.

La frontera no es un muro sino un cristal a través del cual contemplamos a los otros. Es también como un espejo donde nos vemos a nosotros mismos. La frontera, en cuanto situación *extraña* y *extrema*, lleva a las sociedades en contacto a utilizar y hacer explícitos recursos y con-

<sup>10</sup> La mayor resistencia a las «conjeturas históricas» la había ofrecido la antropología social británica. Radcliffe-Brown, no siempre bien comprendido en sus críticas, aparece como el gran culpable del divorcio entre antropología e historia (Jiménez 1994).

<sup>11</sup> Los mayas son el mejor ejemplo de lo que ha sido este vacío. La arqueología se ha dedicado a ellos con extraordinario y encomiable interés. Lo mismo ha hecho la etnología. Sin embargo, los mayas del periodo colonial han sido ignorados por mucho tiempo, a pesar de que son el eslabón y antecedente inmediato de los mayas de hoy. La historia convencional, por su parte, ha considerado a los mayas y demás pueblos indígenas como telón de fondo de los procesos coloniales (Jiménez 1972a, 1972b). H. C. Nutini (2001) ha hecho muy recientemente un resumen analítico de la etnohistoria aplicada a la América Nuclear. Su concepto de etnohistoria sigue fuertemente inclinado hacia el hecho indígena tanto en tiempos prehispánicos como en etapas posteriores.

<sup>12</sup> Véase Weber y Rausch (1994: xiii-xli) para una lúcida interpretación de las fronteras de América Latina apoyada en una abundante bibliografía de referencia. A la introducción de los editores sigue una selección de veinte ensayos sobre muy distintos aspectos, temas y épocas.

tenidos que, de otra forma, serían difíciles de conocer. Ocurre en los espacios de frontera lo que con terminología actual y corriente denominamos «situaciones de emergencia».

Las fronteras son, inevitablemente, causa de cambio cultural. En la medida en que constituyen situaciones anómalas, producen información no habitual que puede emanar de una y otra parte, y referirse cada una de ellas tanto a sí misma como a la opuesta. A este respecto, hay que reconocer que la América de la conquista y colonización europea presenta una grave carencia en cuanto a fuentes indígenas. Sin embargo, la peculiar filosofía del imperio español, las singulares y contradictorias relaciones Iglesia-Corona, y la insaciable burocracia estatal produjeron de manera directa e indirecta una enorme cantidad de datos sobre la población indígena. No hay ningún otro proceso colonial en la historia que haya generado tanta y tan diversa información sobre sus colonizados como la América española.

América del Norte, entendida como hemisferio, es un campo especialmente apto para la investigación sobre fronteras. Es un espacio de dimensión continental; tiene una historia larga y diversa, con grandes fases muy diferentes entre sí pero conectadas por los hilos de la historia; ha sido y es objeto de intensa investigación desde todas las ciencias sociales; en América del Norte se encontraron las dos grandes ramas de la civilización occidental en su expansión imperial, la hispana y la angloamericana; hoy, más que nunca, la frontera México-Estados Unidos es espacio de encuentro de estas dos tradiciones culturales, y tema vivo y preocupante para los dos países.

Son varias las grandes fronteras en la historia total de América del Norte. La primera y más larga en el tiempo estuvo marcada por la naturaleza, que permitía o impedía la agricultura. Una línea oscilante, según los ciclos climáticos, marcó la separación entre la civilización mesoamericana y los nómadas de economía cazadora-recolectora que habitaban al norte. Ni siquiera los poderosos aztecas rebasaron su frontera ecológica más allá de la cual estaba la Chichimeca o mundo bárbaro.

Tras la conquista de México-Tenochtitlan, los españoles marcharon hacia el norte en varias direcciones. La primera de las grandes expediciones muy *tierra adentro* la encabezó Francisco Vázquez de Coronado (1540-1542). El descubrimiento de plata en Zacatecas (1546) disparó la primera fiebre por los metales preciosos, con tres siglos de anticipación a la fiebre del oro (*Gold rush*) de California. Una cultura extraña a la América indígena, unos objetivos muy específicos (economía y religión), una compleja organización estatal, una filosofía imperial, unos instrumentos desconocidos en el Nuevo Mundo (hierro, acero, caballo, mulas, ganado) permitieron la superación de la milenaria frontera ecológica. Por primera vez, eran los civilizados los que invadían el espacio de los «bárbaros» del norte. Ante los intrusos españoles se abrió una frontera de guerra sobre una extensión mucho mayor de lo que pudieron imaginar los aztecas. Los españoles la llamaron la Gran Chichimeca<sup>13</sup>.

<sup>13</sup> Edward H. Spicer hace una inteligente combinación de información histórica y análisis antropológico de una gran parte de la frontera norte en *Cycles of Conquest. The Impact of Spain, Mexico and the United States of the Indians of the Southwest, 1533-1960* (1962). Como otros muchos antropólogos norteamericanos, incluye el noroeste de México en el *Southwest*.

Las diversas fronteras de América del Norte son materia de estudio más que apropiada para la historia y la antropología, esta última a través de todos sus métodos (arqueología, etnohistoria, etnología, lingüística)<sup>14</sup>. Mi interés personal está en el análisis y comparación de dos fronteras: el Norte de Nueva España y la frontera del Oeste americano<sup>15</sup>. Su contemplación me mueve a algunas reflexiones críticas que expongo a continuación. En primer lugar, ambas fronteras sufren en su interpretación los efectos de las *fronteras* impuestas por la historiografía, a su vez condicionada por intereses nacionales políticos y económicos, por determinadas ideologías, por prejuicios derivados de la etnicidad, la raza y otras circunstancias. Todo ello termina creando corrientes y escuelas<sup>16</sup>, pero con independencia de la mayor o menor validez de las diferentes historiografías, destacan negativamente algunos hechos objetivos. Es sorprendente la escasa o nula atención de los estudiosos de los fenómenos de fronteras a las fronteras de la América española, incluido el Norte, tan próximo en espacio y tiempo a la frontera angloamericana. Compilaciones y otras obras generales se limitan a los Estados Unidos y Canadá, Sudáfrica, Australia y Nueva Zelanda. En definitiva, mundo anglosajón, aunque no faltan en esa bibliografía referencias comparativas a fronteras más lejanas en el tiempo o en el espacio, como las de Roma, Rusia o China, lo que hace más inexplicable la omisión de la frontera hispana<sup>17</sup>.

Hay otro hecho relevante en relación con la historiografía de las fronteras americanas. No ha habido para las fronteras hispanas una atención ni remotamente equiparable al interés de los autores norteamericanos por *su* frontera a partir de Frederick Jackson Turner<sup>18</sup>. Algunas razones explican en parte este vacío historiográfico. De hecho, todo el Nuevo Mundo fue frontera para España y para Europa (Webb 1952). La llamada «conquista y pacificación» suponía siempre una situación de frontera; las fronteras hispanas eran la periferia de un imperio con

<sup>14</sup> Dos grandes series cubren (y en parte se solapan) el Hemisferio Norte desde todas las ramas de la antropología: *Handbook of Middle American Indians*, (R. Wauchope, ed. gral.); *Handbook of North American Indians* (W. Sturtevant, ed. gral.). La historia colonial sólo aparece como marco o como referencia de acuerdo con el título de ambas series.

<sup>15</sup> Aunque los autores norteamericanos hacen distinciones en sus análisis, se puede hablar indistintamente de *American Frontier* y *American West* para englobar espacios y hechos pertenecientes a lo que también llaman *the westward expansion*.

<sup>16</sup> La historia no es lo que fue o lo que pasó sino lo que nos cuentan y creemos saber del pasado. La historia se reescribe continuamente, y son legítimas y convenientes las distintas interpretaciones hechas desde la honestidad del historiador. Otra cosa es la manipulación interesada del pasado, su *fabricación* por motivos no científicos (Jiménez 2001).

<sup>17</sup> Es representativa de esta omisión la obra editada por Savage y Thompson (1979). Brasil y Argentina entran, en grado menor, en estos estudios supuestamente universales, pero lo hacen en cuanto naciones de gran extensión, con grandes recursos naturales y escasa población indígena. No son fronteras coloniales sino fronteras internas de países independientes definidas por los ciclos económicos de los siglos XIX y XX.

<sup>18</sup> El ensayo de Turner, «The Significance of the Frontier in American History» (1894), fue leído ante la American Historical Association reunida en Chicago en 1893. Esta comunicación provocó y ha alimentado desde entonces una inmensa bibliografía. La tesis de Turner ha pasado a lo largo de un siglo por etapas de exaltación y descrédito, pero la frontera angloamericana ocupa desde entonces un gran espacio en la historiografía de los Estados Unidos (Jiménez 1998a).

grandes áreas nucleares que entonces y ahora acaparan la atención en detrimento de otras áreas. La expansión española no configuró el carácter de una nación (núcleo de la tesis de Turner), sino que fue la consecuencia de una filosofía imperial y de un sistema de valores ya consolidado y transportado desde el Viejo Mundo al Nuevo. En resumen, parece que el fenómeno de frontera era tan evidente para los españoles de la época, y para los historiadores en español, que no ha habido necesidad de hacerlo explícito. Pero resulta menos excusable que las fronteras hispanas no se hayan visto en su conjunto y diversidad interna con el aparato teórico que las hubiera hecho atractivas y comparables en términos universales (Jiménez 1997a)<sup>19</sup>. De todos modos, hay contribuciones notables de historiadores mexicanos y españoles a la frontera Norte<sup>20</sup>. Disponemos, asimismo, de la obra de autores norteamericanos que, sin embargo, habría que calificar en su mayoría como historiadores del norte de México colonial (latinoamericanistas) y no, precisamente, como estudiosos de la frontera según la tradición historiográfica de los Estados Unidos<sup>21</sup>.

La inclusión del norte de Nueva España en el marco de la historiografía angloamericana sobre la frontera, la realizó Herbert E. Bolton a principios del siglo XX. De una breve monografía le nació una rama al árbol que Turner plantó en 1893 (Bolton 1921). Las *Spanish Borderlands*, según el nombre con que fue bautizada la nueva corriente, incorporaron hasta cierto punto los territorios desde Florida a California al panorama *turneriano* de la frontera. Aunque contemplada desde arriba, la frontera hispana se vio como un apéndice y un contrapunto (Jiménez 1996). Peor aún, la escuela boltoniana ha sido fuertemente criticada por la atención casi exclusiva a las instituciones oficiales y por su simpatía hacia la acción española. Contrasta en los Estados Unidos la visión negativa de la frontera española con el entusiasmo por la frontera del Oeste. La literatura y el cine han mitificado la frontera angloamericana, han contaminado su historiografía y han hecho del *American West* un fenómeno popular de alcance universal. Historiadores y gran público glorifican su frontera y casi desprecian la otra; califican a una de éxito nacional y a la otra de fracaso hispano (Jiménez 2001). Aunque es justo reconocer que son también historiadores norteamericanos los más críticos y los más interesados en la renovación (para algunos, revolución) de la historiografía del Oeste (Jiménez 1996: 382-386). Asimismo, la obra de algunos his-

<sup>19</sup> El historiador británico Alistair Hennessy (1978) ha abordado en una obra lúcida y aislada el tema de *las fronteras* de América Latina, algo que no tendría sentido en la historia de los Estados Unidos, donde sólo se habla de *la frontera*, generalmente con mayúscula.

<sup>20</sup> En España, el libro de Luis Navarro García (1964) sobre la Comandancia General de las Provincias Internas es excepcional en más de un sentido. A esta obra le han seguido otros títulos del mismo autor. En México, es notable la obra de Carmen Velázquez sobre el septentrión novohispano. Otros muchos autores mexicanos escriben hoy sobre el Norte pero, generalmente, sin traspasar los límites de la República de México, lo que excluye de sus estudios una buena parte de la frontera septentrional de Nueva España.

<sup>21</sup> Philip W. Powel (1952, 1984) es la gran autoridad sobre la frontera chichimeca. Historiadores jesuitas como Peter Masten Dunne han contribuido ampliamente a la historia misionera del norte mexicano. D. H. Thomas (1989, 1990, 1991) es editor de tres volúmenes dedicados a las *Spanish Borderlands* en un sentido muy amplio en cuanto a tiempo, espacio y problemática. El vol. 3 está dedicado a la comparación con otras regiones de la América española.

toriadores norteamericanos está contribuyendo en los últimos años a superar la visión tradicional y maniquea de las dos fronteras, pero es difícil hacer frente a mitos que están en las raíces de una nación joven que no tiene mucho más sobre lo que definirse y mantenerse<sup>22</sup>.

Es frecuente entre los historiadores norteamericanos reducir en la práctica la frontera norte de Nueva España a los territorios que hoy son parte de los Estados Unidos. Supongo que se debe, sobre todo, a razones editoriales sobre libros de texto; en algunos casos, a intereses políticos o ideológicos más o menos conscientes. En cualquier caso, estos historiadores hacen lo contrario que los antropólogos, quienes se extienden generalmente al noroeste de México cuando tratan del *Southwest*<sup>23</sup>. Por su parte, los historiadores mexicanos suelen limitar sus trabajos sobre la frontera colonial a los actuales límites nacionales, quizá por razones similares a las de sus colegas del norte. Entre los autores españoles parece que no hay inconveniente en concebir la frontera española en su totalidad ni en laborar indistintamente a un lado u otro de la raya que hoy separa Estados Unidos de lo que unos llamarán Hispanoamérica y otros América Latina<sup>24</sup>. Lugar propio ocupan los investigadores *hispanos* en cuanto ciudadanos de los Estados Unidos que escriben en inglés y enseñan en sus universidades. Son muchos los que se interesan por la historia regional o local dentro de los límites de su nación, o prestan particular atención a problemas actuales de la sociedad *hispana* por razones comprensibles de identidad y compromiso<sup>25</sup>.

Por supuesto, la especialización es necesaria; como es legítima la preferencia personal por temas, tiempos y lugares. Pero la frontera internacional no debe imponerse sobre un espacio que empezaba al otro lado de la Mesoamérica indígena y durante más de tres siglos se conoció como «las provincias internas». Me he preguntado en otro lugar cómo puede la historiografía de la frontera norte de Nueva España escapar de los efectos que, para bien y para mal, producen sobre ella el *American West* y las *Spanish Borderlands* (Jiménez 1996). Propugnaba la visión de un Gran Norte como parte de un sistema mayor (el virreinato de Nueva España) en el que las *Spanish Borderlands*, en su sentido restringido y más frecuente, constituían solamente el

<sup>22</sup> Como modelo de síntesis y paradigma de una nueva historiografía de la acción española en el norte de Nueva España véase D. J. Weber, *The Spanish Frontier in North America* (1992). Además de otros muchos títulos, Weber ha hecho asequibles como editor trabajos dispersos sobre el Norte español (1979). El breve período mexicano que va desde la independencia a la pérdida de la mayor parte de la frontera norte es objeto de una monografía (Weber 1982) que enlaza con la recopilación anterior. Otra síntesis reciente de una parte del Gran Norte es el libro de D. Cutter y I. Engstrand titulado *Quest for Empire. Spanish Settlement in the Southwest* (1996).

<sup>23</sup> Véanse Spicer (1962), nota 13, y los vols. 9 y 10 del *Handbook of North American Indians* (Ortiz, ed. 1979, 1983).

<sup>24</sup> Véanse, a título ilustrativo, Navarro 1964, y sus monografías posteriores; S. L. Hilton 1990, 1992a; S. Bernabéu Albert (1998, 1999); J. A. Armillas 1974, 1996. Véanse también los ensayos bibliográficos de Hilton (1992b, 1994) sobre investigación desde España en territorios actuales de los Estados Unidos.

<sup>25</sup> Sirvan de ejemplo unas cuantas referencias: J. P. Sánchez (1997), como autor y editor, se concentra en el período español y en Nuevo México. A. C. Alonzo (1998) estudia en una monografía la población hispana de «South Texas» desde el siglo XVIII a 1900. Son ejemplos de monografías sobre comunidades hispanas, o chicanas, R. Griswold del Castillo 1979, 1984; G. R. Cruz 1988; J. F. de la Teja 1995; R. Frank 2000. J. Cuello (1982) se planteó hace dos décadas cuestiones conceptuales y de método sobre el norte novohispano desde una perspectiva no convencional y provocativa. Para el espacio fronterizo en sentido estrictamente geográfico, y no colonial, véanse O. J. Martínez 1975 y 1988.



Lejano Norte<sup>26</sup>. En ese amplio marco no tienen justificación las fronteras historiográficas y políticas que trocean o mutilan un proceso sociocultural que ni siquiera ha terminado. Se evitarían, además, problemas de nomenclatura, porque no es traducible al español expresiones como *Spanish Borderlands* sin provocar confusión o perplejidad. En el marco de un Gran Norte, la frontera hispana no se vería en los Estados Unidos como una empresa menor que apenas se anticipó a la expansión hacia el Oeste; no se calificaría como «fracaso» la colonización española. Minería y ganadería, *camino reales*, el temprano nacimiento y proliferación de pueblos y ciudades, el desarrollo de una arquitectura civil y religiosa, fueron parte de la historia de una «tierra de guerra» que dejaba de ser *frontera* a medida que evolucionaba la sociedad colonial. En el Gran Norte hubo audiencia y obispado desde 1549, con sede en Guadalajara. El obispado de Durango se creó en 1621 y ejerció su jurisdicción sobre Nuevo México hasta mediados del siglo XIX. Estos hechos ocurrían siglos antes de la expansión de los Estados Unidos hacia un Oeste que se ha calificado como «salvaje» (*Wild West*), donde según la historia y la leyenda no había ley o se aplicaba con generosidad la ley del capitán Lynch.

Pero cuidado con el etnocentrismo y los prejuicios. Es una ingenuidad o una maldad alabar cualquiera de las dos fronteras y condenar la otra a la vista de determinados hechos y datos. Para el científico es algo inadmisibles. No es cuestión de «buenos» y «malos», a diferencia de lo que ocurre en el cine clásico del Oeste. Se trata de aceptar que la frontera septentrional de Nueva España fue mucho más extensa y nació mucho antes de lo que generalmente se admite por escrito. Bolton ya advirtió que al contemplar la *América Española* desde los Estados Unidos sólo se ve la cola del perro. Añado que sólo se ve una parte de la cola del perro, pues la frontera nació bastante más cerca de la ciudad de México que del Río Grande.

Volvamos por un momento al problema de las fronteras académicas y a sus efectos sobre la realidad presente. Ni siquiera hoy la frontera México-Estados Unidos separa de manera efectiva dos naciones soberanas, dos tradiciones culturales. Nunca ha habido tanta población, tanto contacto y tanta influencia cultural como existen actualmente en la ancha franja que abarca el norte de México y el espacio que va de Texas a California. Bajo las nuevas circunstancias, lo que fue el norte de Nueva España es campo que demanda más que nunca el estudio interdisciplinario. Historia colonial y reciente; etnología de las poblaciones indígenas que emigran desde tan lejos como el centro de México; antropología y sociología aplicadas, psicología social, ciencia política y economía, asistencia social (salud, educación, bilingüismo) son disciplinas llamadas a colaborar entre sí y a sumar el interés científico a la búsqueda de soluciones prácticas.

\* \* \*

Es hora para resumen y conclusiones. La acción coordinada de la historia, la antropología y otras ciencias sociales requiere ciertas condiciones para obtener resultados significativos. Al

<sup>26</sup> Incluyo en el Gran Norte todos los territorios que P. Gerhard considera en *The North Frontier of New Spain* (1982). Véase también O. L. Jones (1979) para una concepción muy amplia de la frontera norte.

menos, tres elementos son indispensables: espacio, tiempo y problema, cada uno de ellos de dimensiones apropiadas. Es decir, geografía extensa con límites congruentes; duración media o, mejor, larga; teoría capaz de definir un gran tema, estimular hipótesis de trabajo, guiar en la recogida de datos, llevar a interpretaciones significativas y a la comparación. América del Norte, como hemisferio, puede considerarse una constante geográfica aislable pero no aislada de otros espacios, de otros mundos<sup>27</sup>. La situación de su población indígena en vísperas de la presencia europea (etnografía del pre-contacto) es el punto de partida para la gran fase que se inició, precisamente, con el arribo de gente llegada de otro universo cultural (la civilización *occidental*, aunque ésta viniera del oriente). La interacción de los españoles, ingleses, franceses con los indígenas y con un medio natural desconocido puso en marcha un gigantesco proceso sociocultural. La complejidad llegó a ser tan grande que es necesario subdividir los grandes problemas en otros muchos, y el área total en subáreas y regiones. Hay que marcar líneas razonables de investigación, acotar tiempos y espacios interiores, elegir estrategias, usar y desarrollar teorías de distintos niveles. Se impone la especialización y la labor en equipo. Pero, en ningún caso, se deben ignorar los marcos más amplios y los contextos históricos y culturales.

El fenómeno de frontera en América del Norte es uno de los grandes temas que pueden abordarse con gran rentabilidad científica desde enfoques realmente interdisciplinarios. Lo mismo puede decirse de otras grandes áreas, pero las fronteras son especialmente significativas en ese hemisferio por la coincidencia de factores históricos que hemos señalado al principio. De hecho, la frontera en América del Norte es tema viejo y favorito de muchos historiadores y antropólogos, pero se ha tratado de manera desigual, desequilibrada, sin conexiones, con prejuicios y complejos de superioridad o de inferioridad. La narración y la interpretación de los hechos desde diversas ideologías han dado pie a calificaciones de hispanofobia / hispanofilia y de anglofobia / anglofilia.

Una última observación. Las fronteras de América del Norte son algo bastante más extenso y complejo de lo que generalmente se piensa. Hay también una frontera canadiense (Eccles 1983). La presencia de Francia, como tercera potencia europea, introdujo con la Luisiana una gran cuña en la frontera hispana. Sin embargo, las actuales fronteras continentales no fueron consecuencia de la Revolución americana ni de la Independencia de México, sino de un proceso poscolonial o neocolonial. La expansión de los Estados Unidos hacia el Oeste supuso la aneación de una inmensa parte de la República de México. Alcanzadas las costas del Pacífico, Estados Unidos se lanzó al Mar Caribe y alteró el proceso sociocultural de Cuba y Puerto Rico. Una nación *americana* construyó su imperio en el siglo XIX en espacios de un imperio  *europeo* (Jiménez 1998b). Es actualidad rabiosa la existencia de fronteras internas en los Estados Unidos que son ramas de la vieja frontera hispana. Se trata de espacios definidos por la inmi-

---

<sup>27</sup> Mesoamérica es, en sí misma, una gran área con fronteras internas y externas (M. W. Helms 1975). La Amazonía es otra gran área geográfica sobre la que inciden varias naciones hispanas, andinas, con sus propias fronteras habitadas por población *selvícola*. Véanse García Jordán (1998) y García Jordán y Sala i Vila (1998).

gración desde Puerto Rico, Cuba, México y otras naciones hispanas. Estados Unidos está muy lejos de ser el crisol (*melting pot*) imaginado en el siglo XIX ante las inmigraciones europeas. Más que de «blancos», la inmigración es hoy de gente de color y de mestizos, con todos sus efectos. Una de las tareas más interesantes en relación con la historia y el presente de las Américas es la definición de *tipos* de frontera (Jiménez 1997b) para un mayor control de las variables y una mejor comprensión de los problemas.

## Referencias bibliográficas

ALCINA FRANCH, José

- 1965a «La historia indígena de América como un proceso». *Anuario de Estudios Americanos* 23: 445-477.
- 1965b «Etnohistoria del Norte de México: un proyecto en marcha». *Runa* 10: 98-122.
- 1974a «Historia como antropología». *Ethnica* 7: 7-48.
- 1974b «El método interdisciplinario como estrategia para la investigación americanista», en *Primo Convegno Internazionale di Studi Americanistici*, pp. 59-61. Génova.
- 1975a *En torno a la antropología cultural*. Madrid: Porrúa.
- 1975b «Arqueología y Antropología». *Revista de la Universidad Complutense* XXIV (97): 157-188.
- 1981 «Arte y Antropología». *Revista de la Universidad Complutense* (1): 17-29.
- 1982 *Arte y Antropología*. Alianza Forma 28. Madrid: Alianza Editorial.
- 1983 «Cambio cultural en el Occidente de Guatemala: planeamientos generales de una investigación», en *América y la España del siglo XVI*, vol. 2, pp. 349-370. Madrid.
- 1984 «El folklore como antropología», en *Antropología Cultural de Andalucía*, pp. 45-60. Sevilla: Consejería de Cultura, Junta de Andalucía.
- 1988a «Arqueología antropológica», en *Diccionario Temático de Antropología*, A. Aguirre, ed., pp. 94-98. Barcelona.
- 1988b «Historia, Antropología, Etnohistoria». *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza* II (5): 121-128. Madrid.
- 1989 *Arqueología antropológica*. Akal Universitaria 134. Madrid: Akal.
- 1990 «El Norte de México y el Sur de los Estados Unidos: un área de cotradición hispano-india», en *Culturas hispanas de los Estados Unidos de América*, pp. 25-38. Madrid: Ediciones de Cultura Hispánica.
- 1991 «Historia de la Antropología americanista», en *Historia de la Antropología Española*, pp. 463-476. Barcelona: Editorial Boixareu.

ALONZO, Armando C.

- 1998 *Tejano Legacy. Rancheros and Settlers in South Texas, 1734-1900*. Albuquerque: University of New Mexico Press.

ARMILLAS, José Antonio

- 1974 «La Gran Confederación India. Interacción hispano-anglo-americana para con las Naciones indias del Sudeste norteamericano a fines del siglo XVIII», en *Estudios sobre política indigenista española*, vol. II, pp. 225-266. Universidad de Valladolid.

- 1996 «Orígenes de la 'Cuestión del Mississippi'. Las Naciones Indias de Chactas y Chicasas y el dominio español de las dos orillas del río», en *El Mundo Hispánico en el Siglo de las Luces. Actas del Coloquio Internacional Unidad y diversidad en el Mundo Hispánico del siglo XVIII*, vol. I, pp. 401-416. Madrid: Editorial Complutense.

BERNABÉU ALBERT, Salvador

- 1998 «España en el Noroeste. Navegantes y proyectistas en el siglo XVIII», en *Nutka. Regreso a una historia olvidada*, M. Palau et al., eds., pp. 15-25. Madrid: Ministerio de Asuntos Exteriores.
- 1999 «El Diablo en California», en *El Septentrión novohispano: ecohistoria, sociedad e imágenes de frontera*, S. Bernabéu, ed., pp. 139-176. Madrid: CSIC.

BOLTON, Herbert E.

- 1921 *The Spanish Borderlands. A Chronicle of Old Florida and the Southwest*. New Haven: Yale University Press.

CRUZ, Gilbert R.

- 1988 *Let There Be Towns. Spanish Municipal Origins in the American Southwest, 1610-1810*. College Station, Texas: Texas A&M University Press.

CUELLO, José

- 1982 «Beyond the 'Borderlands' is the North of Colonial Mexico: A Latin-Americanist Perspective to the Study of the Mexican North and the United States Southwest», en *Continuity and Change in Latin America: Proceedings of the Pacific Coast Council on Latin American Studies*, K.P. Demaree, ed., vol. 9, pp. 1-24. San Diego State University.

CUTTER, Donald y Iris ENGSTRAND

- 1996 *Quest for Empire. Spanish Settlement in the Southwest*. Golden, Colorado: Fulcrum Publishing.

ECCLES, William John

- 1983 *The Canadian Frontier, 1534-1760*. Albuquerque: University of New Mexico Press.

FRANK, Ross

- 2000 *From Settler to Citizen. New Mexican Economic Development and the Creation of Vecino Society, 1750-1820*. Berkeley: University of California Press.

GARCÍA JORDÁN, Pilar (ed.)

- 1998 *Fronteras, colonización y mano de obra indígena en la Amazonía Andina (Siglos XIX-XX)*. Pontificia Universidad Católica del Perú y Universitat de Barcelona.

GARCÍA JORDÁN, Pilar y Nuria SALA I VILA (coords.)

- 1998 *La nacionalización de la Amazonía*. Universidad de Barcelona.

GERHARD, Peter

- 1982 *The North Frontier of New Spain*. Princeton: Princeton University Press.

GRISWOLD DEL CASTILLO, Richard

- 1979 *The Los Angeles Barrio: 1850-1890. A Social History*. Berkeley: University of California Press.

- 1984 *La familia: Chicano Families in the Urban Southwest, 1848 to the Present*. Notre Dame: University of Notre Dame Press.
- HELMS, Mary W.  
1975 *Middle America. A Culture History of Heartlands and Frontiers*. Englewood Cliffs, New Jersey: Prentice Hall.
- HENNESSY, Alistair  
1978 *The Frontier in Latin American History*. Londres: Edward Arnold.
- HILTON, Sylvia L.  
1990 «Las relaciones anglo-españolas en Norteamérica durante el reinado de Carlos III: revisión historiográfica», en *Coloquio Internacional: Carlos III y su siglo, Actas*, vol. I, pp. 839-882. Universidad Complutense de Madrid.  
1992a *La Alta California española*. Madrid: Editorial MAPFRE.  
1992b «Native Peoples of North America: Recent Spanish Historiography, 1980-1992». *European Review of Native American Studies* 6/2: 1-7.  
1994 «Spanish Colonies in North America: Recent Historical Scholarship from Spain». *American Studies International* 32: 70-95.
- JIMÉNEZ, Alfredo  
1967 «La antropología y la historia de América». *Revista de Indias* 109-110: 59-87.  
1972a «El método etnohistórico y su contribución a la antropología americana». *Revista Española de Antropología Americana* 7: 163-196.  
1972b «La historia de la América prehispánica como antropología», en *Homenaje al Profesor Carriazo*, vol. 2, pp. 95-117. Universidad de Sevilla.  
1974 *Los Hispanos de Nuevo México. Una contribución a la antropología de la cultura hispana en USA*. Sevilla: Publicaciones del Seminario de Antropología Americana.  
1975 «Sobre el concepto de etnohistoria», en *Primera Reunión de Antropólogos Españoles*, A. Jiménez, ed., pp. 91-105. Universidad de Sevilla.  
1976 «Etnohistoria de Guatemala: Informe sobre un proyecto de antropología en archivos». *Anuario de Estudios Americanos* 33: 459-499.  
1994 «Fuentes y métodos de la antropología. Consideraciones un tanto críticas», en *Etnoliteratura. Un nuevo método de análisis en antropología*, M. de la Fuente, ed., pp. 9-49. Universidad de Córdoba.  
1996 «El Lejano Norte español: cómo escapar del *American West* y de las *Spanish Borderlands*». *CLAHR. Colonial Latin American Historical Review* 5: 381-412.  
1997a «La frontera en América: observaciones críticas y sugerencias», en *Entre Puebla de los Angeles y Sevilla. Estudios americanistas en homenaje al Dr. José Antonio Calderón Quijano*, M.J. Sarabia et al. eds., pp. 475-494. Escuela de Estudios Hispano-Americanos y Universidad de Sevilla.  
1997b «El fenómeno de frontera y su variables. Notas para una tipología». *Estudios Fronterizos. Revista del Instituto de Investigaciones Sociales* 40: 11-25. Universidad de Baja California.

- 1977c [ed.] *Antropología histórica: la Audiencia de Guatemala en el siglo XVI*. Universidad de Sevilla.
- 1978a «Persistencia y crisis de la frontera en la historiografía norteamericana», en *VII Congreso Internacional de Historia de América*, J.A. Armillas, ed., vol. 2, pp. 1061-1078. Zaragoza: Diputación General de Aragón.
- 1978b «La guerra hispano-norteamericana y las fronteras de América del Norte en 1898», en *Entre el desencanto y la esperanza*, pp. 75-86. Nueva York: Monografías de ALDEUU.
- 2001 «La historia como fabricación del pasado: la frontera del Oeste o *American West*». *Anuario de Estudios Americanos* 58: 737-755.
- JONES, Oakah L.
- 1979 *Los Paisanos. Spanish Settlers on the Northern Frontier of New Spain*. Norman: University of Oklahoma Press.
- MARTÍNEZ, Oscar J.
- 1975 *Border Boom Town: Ciudad Juárez since 1848*. Austin: University of Texas Press. [ed. en español en FCE, México 1982].
- 1988 *Troublesome Border*. Tucson: Arizona University Press.
- NAVARRO GARCÍA, Luis
- 1964 *Don José de Gálvez y la Comandancia General de las Provincias Internas*. Sevilla: Escuela de Estudios Hispano-Americanos.
- NUTINI, Hugo C.
- 2001 «Aportaciones del americanismo a la teoría y práctica de la antropología moderna», en *Motivos de la antropología americanista*, M. León-Portilla, coord., pp. 13-72. México: Fondo de Cultura Económica.
- ORTIZ, Alfonso (ed.)
- 1979 *Southwest. Handbook of North American Indians*, vol. 9. Washington DC: Smithsonian Institution.
- 1983 *Southwest. Handbook of North American Indians*, vol. 10. Washington DC: Smithsonian Institution.
- POWELL, Philip Wayne
- 1952 *Soldiers, Indians, and Silver*. Berkeley: University of California Press. [ed. en español en FCE, México 1977].
- 1984 *Mexico's Miguel Caldera. The Taming of America's First Frontier (1548-1597)*. Tucson: University of Arizona Press. [ed. en español en FCE, México 1980].
- SANCHEZ, Joseph P.
- 1997 *Explorers, Traders, and Slavers: Forging the Old Spanish Trail, 1678-1850*. Salt Lake City: University of Utah Press.
- SAVAGE, William W. y Stephen I. THOMPSON (eds.)
- 1979 *The Frontier: Comparative Studies*. Norman: University of Oklahoma Press.

SPICER, Edward H.

- 1962 *Cycles of Conquest. The Impact of Spain, Mexico, and the United States on the Indians of the Southwest, 1533-1960.* Tucson: University of Arizona Press.

TEJA, Jesús F. de la

- 1995 *San Antonio de Béxar. A Community on New Spain's Northern Frontier.* Albuquerque: University of New Mexico Press.

THOMAS, David Hurst (ed.)

- 1989-91 *Columbian Consequences*, 3 vols. Washington D.C.: Smithsonian Institution Press.

TURNER, Frederick Jackson

- 1894 «The Significance of the Frontier in American History», en *Report of the American Historical Association*, pp. 199-227.

WEBB, Walter Prescott

- 1952 *The Great Frontier.* Austin: University of Texas Press.

WEBER, David J.

- 1979 [ed.] *New Spain's Far Northern Frontier. Essays on Spain in the American West, 1540-1821.* Albuquerque: University of New Mexico Press.
- 1982 *The Mexican Frontier, 1821-1846. The American Southwest under Mexico.* Albuquerque: University of New Mexico Press. [ed. en español, MAPFRE, 1992].
- 1992 *The Spanish Frontier in North America.* New Haven: Yale University Press. [ed. en español en FCE, México 2000).

WEBER, David J. y Jane M. RAUSCH (eds).

- 1994 *Where Cultures Meet. Frontiers in Latin American History.* Jaguar Books on Latin America 6. Wilmington, Delaware: Scholarly Resources, Inc.